



BIBLOS DIGITAL

GUSTAVO ROOSEN - nesoor@cantv.com.ve
Ex-Ministro de Educación



Podría imaginarme un futuro sin libros de papel, pero no sin libros” ha dicho Juan Cruz, director de la editorial Alfaguara. La afirmación habría de algún modo resumido las reflexiones hechas en Davos, Suiza, donde, otra vez, el tema no se redujo a la economía. Algunos participantes habían decidido ocuparse también del libro. Averiguar cuán cierto era el anuncio de su muerte. O cuán larga vida le estaba deparada todavía. Ni la conciencia de siglos nutridos por el libro ni el deslumbramiento ante las posibilidades de la era digital permitirían a los ponentes atrincherarse en posiciones cerradas. Más que un diálogo entre pasado y futuro, podía sentirse como un encuentro de incertidumbres y de apegos, los que genera la tecnología con su capacidad de engendrar innovaciones y los que nacen de la nostalgia por los libros y las bibliotecas.

Si alguien hubiese intentado vencer la incredulidad de José Saramago, negado a aceptar que el texto completo

de una de sus novelas pudiera caber en un tosco disco de plástico, habría tenido en los nuevos desarrollos de la información digital más de un irrefutable argumento. Como lo habría tenido también cualquier navegante en la red que hubiese bajado el más reciente capítulo de una novela a la que su joven autor aún no le ha puesto la última palabra. Frente a estos hechos, más que preguntarse sobre las sorpresas que continuará ofreciéndonos el futuro, cabría pensar sobre sus efectos en la generación de nuevos modelos culturales.

La impresionante apertura que representa Internet y los nuevos elementos creados por el hombre para la transmisión de información por medios diferentes al texto impreso no anuncian necesariamente la declinación del libro. Su primer resultado es, al contrario, un estímulo a la recuperación de las destrezas de leer y escribir. El correo electrónico, el chateo, la búsqueda de información en la gran biblioteca del mundo, la difusión de su obra vía nuevos medios por parte de los autores han multiplicado el número de escritores y lectores. Hoy son más, tanto los de pluma

y papel, como los de teclado y pantalla, como los de múltiples combinaciones.

Cada nuevo medio anuncia la muerte de su inmediato antecesor. Más que lograrlo, cada uno ha contribuido casi siempre a su evolución. El impreso no acabó con el manuscrito, la televisión con el cine. En el siglo XVI se produjeron en Europa más manuscritos que en toda la Edad Media; en el XX, más libros impresos que en los cinco precedentes. El libro electrónico tampoco acabará con el impreso, al menos no en el corto plazo. La cultura virtual, de hecho, es impensable sin el apoyo del libro impreso, a cuya semejanza ha sido creada.

La literatura electrónica va, desde luego, a revolucionar la forma como leemos y escribimos. El libro impreso tendrá siempre la ventaja del acceso directo, el electrónico o digital necesitará de un medio que actúe como intérprete. Las bondades del primero serán, sin duda, compensadas por las del segundo. El plazo vendrá dado por la velocidad de las innovaciones, cada una dirigida a ofrecer nuevas ventajas y a reproducir, mejoradas, las de ese hasta ahora insustituible soporte del saber entronizado en la cultura por la imprenta. El plazo dependerá también de la disposición al cambio y de la capacidad de acceso a los nuevos medios. La migración estará liderada por los más jóvenes, por las generaciones formadas en el e-libro, el e-cuaderno y el e-lápiz, el papel digital y la tinta digital. Los mayores preferirán el tacto de los dedos y casi de los ojos sobre el papel, además de esa relación personal y directa con el objeto libro y hasta de sensualidad envuelta en su propiedad, cercanía y permanente disponibilidad. En cuanto al acceso, la brecha creciente entre desarrollo y subdesarrollo determinará simultáneamente y dramáticamente espacios de privilegios y espacios de exclusión.

La vigencia del libro, bajo cualquier

forma, expresa la vigencia del hombre en sus dimensiones determinantes: la del pensamiento y la del lenguaje. El fantasma que la humanidad necesita espantar no es el del libro en un soporte digital, sino el del abandono de la capacidad de leer y de pensar, alentado desgraciadamente por algunas formas de la nueva comunicación que privilegian la pasividad y el mínimo esfuerzo.

El libro electrónico, decía un autor en una de las miles de páginas dedicadas en la red a la discusión del tema, no es más que uno de los vértigos que han pasado por la humanidad. Platón sufrió el del manuscrito, el Renacimiento el de la imprenta y nosotros el propiciado por esos nuestros acompañantes diarios, los ordenadores que procesan nuestra escritura.

Nos encaminamos hacia una sociedad sin papel, hacia una cultura del libro-electrónico-digital. No será mañana. O ya es. El camino que se nos ofrece no es tan sencillo como se quisiera ver desde la tecnología, ni tan oscuro como se advierte desde la tradición. Aún es temprano para delinear el rumbo, pero en este terreno estamos también al borde de una revolución, frente a la cual, más allá del medio, convendría afirmar lo que realmente importa: ganar en contenido, en comunicación, en pensamiento libre, en humanidad. (E)

